

JOSÉ MARÍA MERINO . *Intramuros*. León: Edilesa, 1998, 144 pp.

La colección "Los libros de la Candamia", que constituye una suerte de biblioteca de la memoria, se ha enriquecido con un título excepcional, *Intramuros*, una obra de José María Merino que recrea vivencias infantiles del escritor en la ciudad de León. En *Intramuros* se conjugan varios géneros literarios: la novela, la poesía lírica, las memorias e incluso el ensayo, a tenor de las reflexiones conceptuales que se insertan de vez en vez en el relato. Trataremos de justificar a continuación tales asertos, pero por el orden inverso al que los hemos emitido.

Decía que *Intramuros* participa, y matizamos que débilmente, del ensayo, en la medida en que en el libro se incluyen apreciaciones del narrador acerca de diversas variables susceptibles que comparecer en el ejercicio de la memoria. Y hay asimismo puntos de vista en torno a algunas de las facultades de la escritura creativa, entre ellas la de hacer "estallar en nuestra imaginación las señales más concretas y vivas de las cosas naturales y de las cosas soñadas"(94).

Pero mucho más importante resulta en *Intramuros* la función del recuerdo, tan clave en este libro, hasta el punto de que el propio José María Merino declaró al respecto que, sin pertenecer al subgénero de las memorias, "sí es un viaje a la memoria perdida de cuando era niño, un viaje a la ciudad recóndita y encerrada que era León hace medio siglo". Un viaje, añadimos, a sensaciones que perduran, a fantasías y mitos lejanos, a personas cuyas actitudes y lecciones dejaron huella, a escenas y sucesos cotidianos, en ocasiones domésticos, en otras sociales, eventos que se niegan a ser devorados por el olvido, y que acceden a desfilar ante nuestra mente cuando la evocación los convoca. Y cuando lo hace, se captan factores que pasaron casi desapercibidos en el momento de vivirlos, pero que pueden cobrar protagonismo a la hora de rescatarlos del pretérito, pues en el espíritu permanece impresa toda la realidad vista y sentida, más o menos conscientemente. Claro que los límites entre la realidad que acaeció y la realidad recreada por la escritura son a menudo indeslindables, y es arduo determinar donde acaba lo sucedido y donde comienza la invención.

En el viaje al ayer que vertebra *Intramuros* se incardina la dialéctica entre lo personal y lo colectivo, entre lo que los ojos y el alma de un niño experimentó, y aquello de que también fueron testigos quienes vivían entonces, durante el fragmento temporal acotado en la obra. Si dichos coetáneos aciertan a leerla, reconocerán en sus páginas muchísimas de las situaciones plasmadas, porque todos vivieron casi lo mismo en la postguerra, y todos sintieron e imaginaron parecidamente; de ahí que José María Merino haya puntualizado que *Intramuros* es un libro "muy personal, muy arraigado en la ciudad de León, aunque podría valer para cualquier otra ciudad de España, ya que lo que se cuenta trasciende las vivencias del autor para transformarse en las vivencias de cualquier lector".

Bien es verdad, sin embargo, que si se decantara el acento crítico hacia los parámetros epocales y societarios iba a producirse un impropio desvío del eje sobre el que gira *Intramuros*, un libro que nos interesa aquí como literatura, no como apoyo ancilar de la historia o de la sociología. Y una de las vertientes literarias de la obra reside en que nos perfila determinados rasgos significativos de los indicios infantiles que predeterminan una posterior dedicación a la escritura creativa. Y es que José María Merino, a través de *Intramuros*, bucea hacia un mejor conocimiento de sí

mismo merced a la rememoración de aquellos días lejanos en que su personalidad iba recibiendo diferentes estímulos de la realidad, y reaccionaba ante ellos clarificadamente. De ahí que se reconozca ahora muy bien en un niño muy atraído por la llamada de lo espiritual, en un niño dotado de una imaginación vivísima, en un niño seducido por la fantasía y presto a dejarse transportar, en sus viajes interiores, a donde le llevaran las novelas, las películas, los relatos míticos, las canciones, en un niño cuyas acciones, en suma, lo declaraban especialmente predispuesto para la fabulación.

Toca ya referirnos a la dimensión poética de *Intramuros*, nada extraña en un narrador que es asimismo poeta, y que justamente fue en el campo de la poesía en el que inició su trayectoria literaria. Reunida su producción en verso en *Cumpleaños lejos de casa* (1991), José María Merino está dedicado intensamente a la escritura de relatos, pero la esencial faceta poética que pervive en él puede aflorar a su prosa, y así ocurre en la obra que nos ocupa, un libro que contiene recursos (catáforas, recolecciones, simetrías, etc.) que leemos más a menudo en poemas que en novelas, un libro transido de ritmos muy propios del verso, un libro con momentos de gran plasticidad, un libro henchido de ternura y tonalidades líricas, un libro de prosa poética, una novela poemática, una novela que cabe conceptuar como "lírica".

Y cabe conceptuarla técnicamente así porque la obra está condicionada por el factor que actúa como impulso narrativo en esta clase de relatos tan característicos ya en la novelística del siglo XX. Nos referimos al hecho de que el yo, en este caso un yo que, no sin una recreación literaria, remite sin ambages a la biografía del autor, desencadena las secuencias de una trama impregnada de subjetividad. Pero el yo de *Intramuros* es más amplio aún, porque también se identifica con la ciudad de León, y se identifica tanto que la infancia del niño se entrecruza con la historia personificada de la urbe, y es que la idea matriz del relato se basa en que cada leonés resume la vida de León en todos sus avatares, y León es igualmente cada leonés. Como ilustración de esta tesis señalamos que, al término de la novela, se publica un poema, escrito *ad hoc*, en el que se plasma la idea central de *Intramuros*:

Ocupamos los lugares, pero los lugares  
nos ocupan también  
y por fin los lugares y nosotros  
formamos un aliento simultáneo  
de espacios y de esferas.

Eres esa ciudad, hecha plazuelas  
que abren dentro de ti su indiferencia silenciosa.  
Tu corazón es una de esas piedras,  
y los murmullos callejeros  
el rumor del palpar que sientes debajo de la piel.

Eres esa ciudad, y mientras vivas,  
ese fantasma tuyo recorrerá sus calles  
y su fantasma  
levantará en tus sueños sus torres y casas.

De la lectura de este poema se desprende que el espacio donde transcurre la trama es, a la vez, personaje fundamental de la misma, y por ende José María Merino no sólo ha recreado literariamente su yo infantil en las cuarenta y nueve secuencias de este relato poemático, sino que recreó también el espacio leonés, infundiéndole notables dosis de fabulación. Enfatizamos, pues, con la ayuda del poema recién

transcrito, que León no se reduce a ámbito físico en *Intramuros*. León ha adquirido en el texto una dimensión histórico-espiritual ficcionalizada. Respecto al tiempo, no se limita a circunscribir al niño y a la ciudad en la inmediata postguerra, sino que hay momentos en los que el narrador se traslada al mundo romano, así como a períodos históricos sucesivos, y vuelve luego a recuperar el hilo temporal del hoy desde el que se focalizan los años infantiles. En *Intramuros* la cronología no es fruto, por tanto, de una reelaboración literaria menos acusada que la recibida por los personajes del niño y la ciudad, epicentros de una obra expandida desde un relato anterior de Merino: La vuelta a casa.

José María Balcells

ANTONIO PEREIRA . *Relatos sin fronteras*. Junta de Castilla y León, 1998, 121 pp.

Precedidos de unas breves "Confesiones del autor", Antonio Pereira agrupó en *Relatos sin fronteras* diecisiete narraciones, algunas de ellas inéditas y otras ya publicadas con anterioridad. Con esta obra, el escritor abunda en el género que con más frecuencia ha cultivado, y en el que se estrenó hace más de treinta años con su libro *Una ventana a la carratera* (1967), por el que a la sazón obtuvo el premio Leopoldo Alas. Aquel primer conjunto de cuentos fue seguido, en las décadas inmediatas, por nuevas aportaciones *ad hoc*, dos en los setenta (*El ingeniero Balboa y otras historias civiles*, 1976; e *Historias veniales de amor*, 1978) y otras dos en los ochenta (*Los brazos de la griega*, 1982; y *El síndrome de Estocolmo*, 1988, libro por el que obtendría el prestigioso premio Fastenrath). Pero en los noventa iba a incrementarse la edición de volúmenes de cuentos pereirianos: *Cuentos para lectores cómplices* apareció en 1990, y datan de 1991 *Relatos de andar el mundo* y *Picassos en el desván*. Tres años después, y con *Las ciudades de Poniente* (1994), le fue concedido un nuevo galardón, el premio Torrente Ballester, que vino a refrendar la consideración de Pereira como uno de los principales autores hispánicos de narrativa, en la que ha sobresalido especialmente dentro de la modalidad cuentística.

Casi al término de la década de los noventa, la lectura de *Relatos sin fronteras* nos parece ocasión propicia para referirnos a los perfiles que singularizan la labor pereiriana en el subgénero de referencia, ya que tales perfiles se concentran ahí de modo bien ostensible. Se da también la circunstancia de que tanto en las palabras previas al libro cuanto en algunos de sus textos se encuentran determinadas nociones del autor acerca de cómo concibe el cuento. Por consiguiente, y al margen de nuestra gratificación como lectores comunes, la obra nos resulta de notable interés crítico por las dos razones apuntadas: porque va a permitirnos subrayar algunos de los principales rasgos del Pereira narrador, y porque nos facilita el acercamiento a varias de las ideas que conforman su peculiar teoría en torno a la cuentística.

Empecemos por comentar el parecer pereiriano sobre el subgénero, para lo cual hay que acudir a las antedichas "Confesiones del autor" con las que se abre *Relatos sin fronteras*. Para Pereira, los cuentos han de contener la clave maestra de una acusada exageración de la realidad a la que se alude en la narración. Y es curioso que,